

Momentos estelares en la historia
del pensamiento cristiano.
Escritos sobre religión y filosofía

Manuel Fraijó

E D I T O R I A L T R O T T A

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

ARTÍCULOS Y CONFERENCIAS

Carboneros ilustrados	21
Retorno a Wittenberg	25
¿Adiós al alma?	29
La invitación de Martín Lutero	33
Otra vez es noviembre	37
¿Por qué no lo hablamos?	41
¿Solo una hamaca vacía?	45
La mirada crítica y necesaria de Hans Küng	49
Judíos y conversos en la España cristiana	53
La Iglesia cristiana de los concilios de Nicea y Constantinopla	67
Estoicismo	77
Epicureísmo y escepticismo	87
Jansenio y el jansenismo	101
El catolicismo en la segunda mitad del siglo XIX	119
El protestantismo en la segunda mitad del siglo XIX	133
El concilio Vaticano II	147
El amor y sus concreciones	161
Ernst Bloch, retrato breve	175
Cómo interpretar la Palabra de Dios ante el sufrimiento actual	177
Javier Muguerza ante la Filosofía de la religión	191

ENTREVISTAS

¿Posibles escenarios más allá de la muerte?	207
En la muerte de Hans Küng	223
Víctimas y verdugos	237
Una religión pensada y sentida	247

EN RECUERDO DE LOS AMIGOS

Quintín Racionero	263
Jacinto Rivera de Rosales Chacón	264
Javier Muguerza	268
Juan José Sánchez Bernal	272
<i>Epílogo</i> . Jürgen Moltmann: elogio de la esperanza	279
<i>Índice de nombres</i>	291
<i>Índice general</i>	297

INTRODUCCIÓN

Dejó escrito Hegel que los grandes hombres no son solo los grandes inventores, sino los que en momentos estelares de la humanidad descubrieron lo que era necesario. También algunos de los momentos históricos a los que se refiere este libro fueron verdaderamente «estelares», decisivos, cruciales. Fue, sin duda, el caso de los concilios de Nicea y Constantinopla, presentes en estas páginas. K. Rahner solía decir que durante los seis primeros siglos del cristianismo se produjeron más avances doctrinales que en el resto de su historia. Es cierto: fueron los días en los que, no sin grandes tensiones, se articularon los principales contenidos de la fe cristiana. Incluso Lutero defendía que, si se suprimiesen esos contenidos —los dogmas—, «se acabaría con el cristianismo». El cristianismo comprendió bien pronto que no podía ser mudo, que le era esencial la palabra. Resultó muy laborioso articular la palabra correcta. Se trataba de responder a la pregunta de Jesús en el Evangelio de Marcos: «quién decís vosotros que soy yo». Hubo gran diversidad de opiniones. Es como si se hubiera convocado un concurso para ver quién lo decía mejor. Y lo que había que decir era quién era Jesús, qué relación tenía con el Padre y qué lugar ocupaba el Espíritu Santo en el naciente cristianismo. También se pensó en la madre de Jesús y en su lugar en la historia de la salvación. Se trató, sin duda, de momentos estelares.

Y estelares fueron también los días en los que Lutero orquestó su Reforma. Cercano ya a su muerte, el Reformador se asustaba del dramático resultado de su propia obra. Recordaba que, cuando entró como novicio en los agustinos, toda Ale-

mania era católica; en cambio, a la hora de decir adiós para —como le gustaba decir— «reunirse con sus antepasados», la mitad de su patria había abrazado su Reforma. Algo que no ocurrió sin abundante derramamiento de sangre. Baste recordar la guerra de los campesinos en la que perecieron más de setenta mil personas. Todo ocurrió en el transcurso de cincuenta años «estelares», en algunos aspectos «negativamente estelares».

Las páginas de este libro abordan otro acontecimiento al que difícilmente se puede negar su condición de estelar: el concilio Vaticano II. José Luis López Aranguren lo consideraba «el acontecimiento más importante del siglo XX». Lo cierto es que el concilio, el papa que lo convocó —Juan XXIII—, el que lo llevó a buen puerto —Pablo VI— y el resto de sus protagonistas (grandes teólogos y padres conciliares) marcaron y continúan marcando la vida de la Iglesia católica.

De estelar, o crucial, debe ser considerado también el trascendental debate teológico que dio portazo a la teología protestante liberal (A. von Harnack, W. Hermann, A. Riltsh) y saludó la necesaria irrupción de la teología dialéctica (K. Barth, R. Bultmann, F. Gogarten, E. Brunner...). El Dios de la teología liberal era propenso a los pactos, siempre dispuesto a llevarse bien con todo, incluso con la declaración de guerra del káiser Guillermo II, redactada por un gran teólogo: A. von Harnack. El asunto revestía especial gravedad, especialmente en los días de Hitler. De ahí que surgiera la protesta de la teología dialéctica defendiendo la total alteridad de Dios. Para sus protagonistas, Dios era lo «totalmente otro», «pared de fuego». Hitler no podía contar con él. De Hitler —escribía ya en 1938 K. Barth— nunca vendrá salvación alguna, «solo Cristo salva».

En el ámbito más propiamente filosófico fue crucial el nacimiento de corrientes filosóficas como el estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo, que también se asoman a las páginas de esta publicación. Se trata de cosmovisiones que probablemente acompañaron a los humanos desde la noche de los tiempos; sin embargo, su plasmación teórica en los albores del nacimiento de la filosofía ha favorecido su difusión a gran escala. En la actualidad gozan de excelente salud en los ámbitos geográficos que se

pueden permitir filosofar; los habitantes de Ucrania y Gaza tienen otras urgencias más elementales e inmediatas: sobrevivir.

El resto de los temas que se asoman a las páginas de este libro tal vez no alcancen la categoría de «estelares». Sin embargo, el lector se encontrará con nombres que han enriquecido la cultura de sus pueblos y nos han ayudado a elevar nuestras aspiraciones religiosas y morales. Se trata, casi exclusivamente, de grandes cultivadores de la teología y de la filosofía. No alcanzan la categoría de «hombres decisivos», que K. Jaspers reserva escrupulosamente para Sócrates, Buda, Confucio y Jesús, pero se convirtieron en «hombres necesarios» que, en palabras de M. Eliade, nos legaron «postes sagrados», es decir, constelaciones de valores, de sentido, de orientaciones para vivir y morir digna y esperanzadamente. Con gran belleza narra M. Eliade los avatares de una tribu arunta, los achilpa, con su poste sagrado. Convencidos de que su dios había ascendido al cielo apoyándose en dicho poste, lo transportaban siempre con ellos y orientaban su caminar siguiendo la inclinación del poste. Pero un buen día, se hizo presente la tragedia: el poste sagrado se rompió. Según el mito, durante algún tiempo los miembros de la tribu anduvieron errantes y finalmente se sentaron en el suelo y se dejaron morir. Para ellos, sin poste sagrado, la vida carecía de sentido¹.

Los postes sagrados pueden ser religiosos o profanos. Los «hombres decisivos» que acabo de mencionar nos transmitieron cuatro postes en los que tal vez no se pueda separar lo religioso de lo profano: no matar, no mentir, no robar, no cometer actos deshonestos. Los concibieron como una especie de «salvavidas», de regla de oro, que hiciese posible la vida sobre la tierra. Se podría afirmar que son una feliz plasmación del «respeto», tan elogiado por Kant. Pensaba el filósofo de Königsberg que tal vez sea imposible el amor universal, pero alentaba la posibilidad del respeto universal. Se tiene la impresión de que en la hora presente escasean los postes sagrados, los reli-

1. M. Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Labor/Punto Omega, Madrid, 1967, p. 35.

giosos y los profanos. Pero solo apoyados en ellos será posible la vida buena. Este libro rastrea las huellas de gentes y épocas que nos dejaron en herencia postes sagrados que aún nos pueden servir de orientación.

El libro se estructura en tres partes:

La *primera* comienza haciendo sitio a un buen número de artículos que se publicaron en el diario *El País*. Ya en un libro anterior, *Avatares de la creencia en Dios* (2016) vieron la luz otros artículos publicados en el mismo diario. Todos los textos publicados en *El País* fueron escritos a petición de José Manuel Calvo Roy, director entonces de «Opinión» en el periódico. Deseo darle las gracias por su invitación a escribir aquellos artículos. Nuestros primeros contactos fueron seguidos de una entrañable amistad, compartida y alentada, con su habitual generosidad, por su madre, Josefa Roy, que, desgraciadamente, ya nos dejó.

Esta primera parte ofrece, además, artículos y conferencias de los últimos años. La parte del león se la llevan las conferencias pronunciadas en la Fundación Politeia. Casi medio siglo contempla ya nuestra amistad y colaboración. El temario de estas conferencias es amplio: estoicismo, epicureísmo y escepticismo, concilios de la Iglesia de los primeros siglos (Nicea, Constantinopla), y un recorrido histórico por diferentes personas y épocas (el jansenismo, la historia del catolicismo y del protestantismo durante el siglo XIX, el concilio Vaticano II).

Otras conferencias y artículos de esta parte del libro evocan temas familiares a la reflexión filosófica y teológica. Es el caso de las conferencias sobre el amor y el sufrimiento. La conferencia sobre el amor me fue solicitada por la Fundación Carlos Castilla del Pino en San Roque (Cádiz); el tema del sufrimiento lo desarrollé en el Centro de Estudios Judeocristianos, en Madrid. El lector se encontrará también con un breve retrato de E. Bloch que publicó la revista *La aventura de la historia*, y con un estudio sobre la reflexión de Javier Muguerza ante la Filosofía de la religión, conferencia pronunciada en un curso de la UNED en Ávila, dirigido por el profesor Carlos Gómez.

La *segunda parte* la integran cuatro entrevistas. Es un género que ya está presente en libros anteriores, sobre todo en *Avata-*

res de la creencia en Dios (2016). También contiene una extensa entrevista el libro *Pensando la religión. Homenaje a Manuel Fraijó* (2013), tan generosamente pensado y dirigido por Javier San Martín y Juan José Sánchez Bernal.

La primera entrevista fue realizada, después de una conferencia en el Foro Gogo, por el recordado periodista Javier Pagola. Javier fue, durante casi treinta años la voz de la SER en Pamplona, en su querida Navarra. Esta entrevista fue el comienzo de una amistad que solo su prematura muerte pudo interrumpir. Fue publicada por el *Diario de Navarra* el 30 de abril de 2017. El motivo de la entrevista fue la publicación del libro *Avatares de la creencia en Dios*.

La segunda entrevista me la solicitó la revista *Cresol* (número 160, de julio-agosto, 2021) con motivo de la muerte de Hans Küng. Es tal vez la entrevista más extensa y detallada que me han solicitado sobre este gran maestro y amigo. Está hecha bajo el impacto de su muerte, muy reciente en los días en los que se realizó la entrevista.

La tercera entrevista se realizó a petición de Montse Llavador, directora en Barcelona de los colegios mayores Penyafort-Montserrat-Llull. Al concluir su brillante tesina de licenciatura en Filosofía sobre algunos de mis escritos, en la Universidad Autónoma de Barcelona, bajo la dirección del catedrático José Manuel Bermudo, me pidió una entrevista sobre los temas que había abordado en su tesina y que siempre nos habían preocupado a ambos. Fue el comienzo de una cordial y duradera amistad.

La cuarta y última entrevista vio la luz a petición de José Manuel Vidal, director de *Religión digital*. La publicación del libro *Filosofía de la religión. Historia, contenidos, perspectivas* (2022) fue el «pretexto» para una entrevista que, sin duda, ha contribuido al conocimiento y difusión del libro. No es la primera vez que J. M. Vidal me hace sitio en *Religión digital*. Esta es una buena ocasión para manifestarle mi más cordial y profundo agradecimiento.

La *tercera parte*, la que uno hubiera deseado no tener que escribir, contiene cuatro obituarios: Quintín Racionero, Jacinto Rivera de Rosales, Javier Muguerza y Juan José Sánchez Ber-

nal. Desgraciadamente no es la primera vez que el género «obituario» llama a mi puerta. Ya anteriormente, en *Avatares de la creencia en Dios*, despedí a dos grandes maestros: José Gómez Caffarena y Wolfhart Pannenberg.

En repetidas ocasiones he acudido a la frase, tan lograda, de nuestro poeta José Ángel Valente, «Murió, es decir, supo la verdad». Los cuatro amigos que despido en estas páginas fueron filósofos, obstinados buscadores de la verdad. ¿La habrán encontrado? La otra alternativa, más amarga, la formuló otro poeta, José Hierro: «después de tanto, todo para nada». Espero que el tenor de los obituarios que les dedico muestre mi preferencia por el verso de José Ángel Valente.

En una página memorable de la novela de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*, uno de los protagonistas, Lázaro, deja caer un melancólico «hasta que un día hasta los muertos nos moriremos del todo». Ese momento se llama olvido. La evocación de estos cuatro amigos pretende ralentizar su olvido. Lo contrario del olvido es el recuerdo, la memoria. Mientras sus nombres nos sigan sonando, no habrán muerto del todo.

El libro se cierra con un epílogo sobre la esperanza. Se cede la palabra al teólogo que con mayor ahínco ha insistido en ella: Jürgen Moltmann. En menor medida se pide ayuda también a W. Pannenberg. Sin ánimo de «abusar» del término «estelar», considero que Moltmann, Pannenberg, Küng, Rahner, Kasper, Schillebeeckx y los principales teólogos de la liberación constituyen un momento estelar de la más reciente teología cristiana. Y no quedan mencionados todos los que lo merecerían.

La costumbre recomienda que la mención de los agradecimientos sea breve y a ella me atenderé. Mi gratitud se dirige ante todo a Carmen Ferrer. Su ayuda no se ha limitado a «socorrerme» en mis frecuentes «apuros» informáticos; ha ofrecido, además, pertinentes observaciones y sugerencias al contenido del libro. También Sonia E. Rodríguez, profesora de Filosofía de la Religión en la UNED, ha alentado y saludado la publicación del libro. Ella mantiene bien alta la antorcha de la Filosofía de la Religión en la Facultad de Filosofía de la UNED. Mi agradecimiento más cordial a ambas.

Por último: deseo manifestar una vez más mi cordial gratitud a Alejandro Sierra, director de la Editorial Trotta y gran amigo. Gratitud que hago extensiva al personal de la Editorial, siempre dispuesto, con el mejor de los talantes, a echar una mano a los autores. Después de tantos años de estrecha colaboración, casi me considero de «la casa».

Advertencia final: pido disculpas a los lectores por las posibles repeticiones. He eliminado algunas, pero no me ha sido posible suprimirlas todas; ello hubiera supuesto «mutilar» los textos.

Madrid, enero de 2024